

fiel durante toda su vida. El sujeto gelatinoso o disperso, que se ignora a sí mismo o se olvida de sí, arroja sus actos al azar, se contenta con que cada uno de ellos le brinde su transitorio y accidental sentido, que de ordinario se esfuma al cumplirse el acto o poco tiempo después. El sujeto que se posee y ha optado por llevar su vida en peso concibe cada acto como manifestación y prolongación suya, como algo que no sólo surge de él, sino que regresa a él sin falta. La presenta ocasión no permite llevar al detalle estos análisis; baste agregar aquí, como salvedad importante, que el hecho principal que nos interesa, la presencia vigilante y operante del sujeto en cada una de sus decisiones no presupone nada sobre la índole de ese sujeto, que puede situarse en cualquier punto de la gama variadísima que va desde la suma artificiosidad hasta la autenticidad y veracidad extremas.

El sentido de los actos tomados separadamente, como vamos viendo, es asunto distinto del sentido de los actos cuando se instala en ellos el sentido que el agente se atribuye. Cuestión diferente es también la del sentido de la vida. Desde luego, sólo indicaciones sumarias es lícito aducir aquí sobre un tema de tanta gravedad y de tan patentes dificultades.

El sentido de la vida humana no coincide con los de los actos, porque gran parte de estos sentidos se anulan cuando los respectivos actos han terminado o cuando ha caducado el complejo más o menos ocasional que integraban. Estos sentidos no son, pues, sumables, por el motivo evidente de que suelen volatilizarse. Más de cerca tienen que ver con el sentido de la vida esos otros sentidos que se constituyen en estrecha dependencia respecto al sentido unitario del sujeto, como reflejo del sujeto en sus actos, en cada uno de los cuales se imprime el sello del agente y que, a su vez, derraman sobre el agente su sentido concordante. Pero tampoco equivalen por entero al sentido de la vida. Quien se pregunta por el sentido de su vida, quien pugna por asignarle un sentido, abarca su vida como un gran acto único, la advierte completa, con el inevitable trance final que la cierra. Quien sólo atiende a dar sentido a sus actos como productos suyos puede reposar en su personalidad de existencia, de ente vivo, despreocupándose de su acabamiento; mientras que no es hacedero imaginar un sentido para la vida prescindiendo de la muerte, porque la vida incluye la muerte como su natural peripecia. El existencialismo radicaliza esta situación, en sí innegable, sentando que el hombre es un ser "para la muerte", lo que ya es discutible. Es lícito pensar que el hombre no sólo no es un ser para la muerte, sino que es el vencedor de la muerte, el ser cuya índole consiste en conciliar la particularidad con la universalidad, su mortalidad de individuo singular con la adscripción a instancias que lo sobre pasan y que juzga infinitamente valiosas, adscripción tan entrañable y tan consustancial con él, tan esencial a la condición humana, que en cierto modo le concede saltar por encima de la finitud temporal. La cuestión del sentido de la vida queda planteada así: ese sentido existe cuando la vida, encajada en la limitación temporal, se siente triunfadora de la muerte en virtud de ciertos contenidos y actitudes extratemporales que ocurren en ella, no por accidente o lujo, sino como elementos constitutivos suyos.

Las culturas son expresión y creación del hombre; el hombre las ha edificado con su propia sustancia, a su medida, pero al mismo tiempo con la intención de superar toda medida, y sólo en su abrigado interior le es dado vivir

humanamente. En general, las culturas le sirven al hombre para vivir, pero no puede vivir satisfactoriamente en ellas si sólo le sirven para vivir, porque la vida supone necesariamente la muerte; para que una cultura sea cabal y cumplida, para que sea una alta y noble cultura, debe servirle al hombre para vivir y para morir, esto es, para que su vida, dentro de ella, se le muestre colmada de sentido. Acaso sólo tres culturas han satisfecho en modo eminente hasta ahora este requisito; acaso no sean concebibles otras maneras de satisfacerlo que las propuestas por ellas. En las culturas clásicas de la India y de China la vida cobra sentido al inclinarse o proyectarse, respectivamente, sobre la totalidad cósmica o la totalidad social; en la cultura de Occidente es el ideal de la persona, la aspiración y reverencia a la viviente plenitud del espíritu, concebido teística o humanamente, lo que otorga sentido a la vida (2). La actual crisis del hombre es un hecho mundial, porque las culturas asiáticas, decaídas

- (2) Ver mi artículo "Hipótesis sobre las culturas" en *La Nación*. 30 de diciembre de 1945 y también en mi libro *Filósofos y problemas*, 1947. He publicado en otros lugares más consideraciones en torno a diversos aspectos del tema; todo ello espe-

minadas por el contagio occidental, se disgregan, o, visto el suceso por otro costado, los hombres de aquellas culturas las abandonan y se occidentalizan, al mismo tiempo que la cultura de Occidente sufre uno de los mayores trastornos de su historia, herida precisamente en aquellos principios y estructuras, cuya función es atribuir sentido a la existencia humana. La crisis reviste muchos aspectos, y no hace mucho me ocupé en inventariarlos ordenadamente (3); todos desembocan en que ahora al hombre de Occidente le es difícil vivir a gusto y difícilísimo morir sosegadamente. Probablemente nosotros, arrojados en el torbellino de la crisis, exageramos sus peligros y no alcanzamos a discernir las semillas de una vida nueva que en ella quizá germinan. Probablemente se incube una etapa en la cual el sentido de la vida humana llegue a ser más patente que antes, una época en la cual sea más cómodo vivir y se pueda morir en paz.

ro organizarlo pronto en una exposición de conjunto.

- (3) "Inventario de la crisis" en *Cuadernos Americanos*, número 5 (septiembre-octubre, 1948).

Confesión pública

Por Víctor ALBA

(En el *Rep. Amer.*)

1937

I

Es extraordinario... gracias a esos chismes y a la habilidad de esos dedos podré seguir viendo. Si no existiesen esos bisturís tan diminutos, ya no vería más las cosas del mundo. ¡De qué detalles tan insignificantes depende la vida de un hombre!... Porque es la vida, en realidad, lo que está en juego... ¿Qué haría yo sin vista? Mirar, mirar, mirar desde el principio al final del día... mirar, mirar y no ver.

De día a día... ¿Acaso habría días, para mí? Oiría que los hombres se levantan o se acuestan, pero, ¿sabría cuándo yo estaría despierto o dormido, no viendo a los demás? ¿Cómo me sería posible saber que no los sueño?

¡Bah! Hay millares de ciegos en el mundo y todos viven... saben distinguir el sueño de la vela. ¿O acaso ese al que hoy he ayudado a cruzar la calzada se ha creído que me soñaba?

¿Será un augurio, eso de encontrar un ciego en mis últimos minutos de hombre con vista? Después, veré menos, pero veré... si sale bien la operación... Y todo depende de ese pedacito de acero tan afilado... como una aguja aplastada...

Eres idiota. Estás haciendo chistes filosóficos... ¿Dónde leí este nombre?... Sí, era en un periódico... Una casa muy alta, con el tejado rojo y al pie, junto a la puerta, un señor y una señora... A él casi le arrastraban los bigotes por el suelo y ella tenía los pechos hasta la cintura... "Ya ve usted, parece que fué ayer" decía uno de los dos... ¿Es un chiste, eso?... Si todos estamos constantemente hablando con chistes filosóficos... "Después de la tempestad viene la calma"... "No hay mal que cien años dure"... "Con el sol que hacía esta

mañana"... ¡Quién lo iba a creer!..."

No, pero eso no es un chiste filosófico. ¿No resulta maravilloso que... —¿qué olor es ese?—... que con unos pedacitos de acero se pueda salvar la vista de un hombre?... —¿a canela o a...?— Pero no son sólo los pedacitos de acero. Asqueroso vicio de ver únicamente lo que se ve. ¿Y los dedos de ese médico? ¿Y sus estudios? ¿Y diez generaciones de oculistas disecando ojos? ¿Y los millares de gentes que han quedado ciegas? ¿Y todo lo que ha ayudado a sus descubrimientos?... ¿Y el primero que hizo el acero?... ¿Y ese anestésico?... No me duele nada... casi no oigo nada...

Esa bombilla... —¡es olor a jacinto!— ...esa bombilla tan cerca... ¡Qué calor!... ¿Quién llevará el perfume de jacinto? Es más fuerte que el que daba la mata del huerto de... ¡Ah, es una mujer!... Debe ser alta... una voz tan pastosa... voz de tierra, no le cuadraría a una muñeca... y no se pondría ese perfume... es demasiado majestuoso para una pizpireta... Sí, ha de ser alta... probablemente la enfermera o la secretaria del doctor... Toma, ya comienzo a razonar como si fuera ciego...

¿Tengo realmente miedo a la ceguera? ¿La usaría, aquella ampollita con estricnina, si saliera mal la operación?... Después de todo, me vería libre de responsabilidades, de preocupaciones... otros se ocuparían de mí y en el mundo todavía se puede gozar de tantas cosas, aunque no se vean... Las recuerdo, las vería por dentro, como dicen que los compositores oyen los sonidos, a pesar de que sean sordos.

No se oye nada de fuera. Todo debe estar cerrado... No me he fijado al entrar... Sí, tenía miedo...

¿Y si ahora sonaran las sirenas? Sabría mantenerse sereno el doctor... ¿Y si bombardearan?... ¿Qué debe pensar? ¿Piensa que en la punta de sus dedos tiene mi vista... todo mi porvenir...?